

DISCURSO XII.

SOBRE LA UNION DE LA PIEDAD Y LA MORAL.

Orationes tuæ, et eleemosynæ tuæ, ascenderunt in memoriam in conspectu Dei.

Tus oraciones y tus limosnas han subido en memoria delante de Dios.

HECH. AP. CAP. X. V. 4.

El Excelso y Sublime que mora en la eternidad, vive tambien con el de corazon humilde y contrito. En medio de su gloria el Altisimo está atento al ultimo de sus subditos. Ni la obscuridad de condicion, ni la falta de conocimientos, son motivos para que se desdeñe de prestar sus cuidados á los que le adoran y obedecen. Escucha complaciente todas las peticiones que estos le envian desde sus secretos retiros, y toda obra de caridad que practican, por ignorada que sea del mundo, atrae sus miradas. El texto presenta un señalado ejemplo de esta verdad consoladora. En la ciudad de Cesaréa habitaba un Centurion Romano, oficial militar de grado inferior, Gentil, que ni por nacimiento ni por religion tenia derecho á los privilegios de la nacion Judía. Pero era un hombre devoto y benevolo, que á medida de sus conocimientos religiosos procuraba cumplir sus deberes, *oraba siempre á Dios, y daba muchas limosnas al pueblo.* Tal caracter no pasó sin ser observado de Dios, y fué tan altamente honrado, que desde los Cielos vino un angel enviado á este buen soldado, para que lo dirigiese en

los medios de alcanzar instruccion plena de la verdad. El angel se le acercó con esta salutacion, *Cornelio, tus oraciones y tus limosnas han subido en memoria delante de Dios.*

A la union de las oraciones y limosnas, es mi animo llamar ahora vuestra consideracion, como que ella constituye el caracter respetable y amable del hombre, como que forma el honor y santidad del verdadero Christiano, la piedad unida con la caridad, la fé con las buenas obras, la devocion con la moralidad. Son estas, cosas que Dios ha enlazado y que es impiedad en el hombre separarlas; y solo quando van unidas pueden subir en grata memoria delante de Dios. Procuraré manifestaros, primeramente, que las limosnas sin oraciones, ó las oraciones sin limosnas, la moralidad sin devocion, ó la devocion sin moralidad, son en extremo defectuosas; y procederé despues á indicaros los felices resultados de su union.

Comenzemos por considerar el caso de las limosnas sin las oraciones; esto es, de las obras buenas sin piedad ó un sentimiento propio é intimo de Dios y de la Religion. Exemplos de esta especie son muy frecuentes en el mundo. En la opinion de muchos, la virtud es, ó se supone ser, un nombre de honor y respeto, quando para los mismos, la piedad suena como baxa en sus oidos. Son hombres del mundo, y reclaman ser hombres de honor: jactanse de su humanidad, de su espiritu público, de su probidad, y de su verdad: se apropian todas las virtudes activas y varoniles. Pero en quanto á las afecciones devotas y deberes religiosos, los tratan con menosprecio, como fundados sobre especulaciones fantásticas, y propias para ocupar solamente la atencion de espíritus pusilánimes y supersticiosos. En oposicion á tales personas, sostengo yo, que este desprecio de la piedad arguye depravacion en el corazon, é irregularidad en el desempeño de los deberes morales.

Primero, arguye depravacion interna, porque descubre un corazon frio y duro. Si existe alguna impresion de la qual sea el hombre susceptible por la misma constitucion de su naturaleza, es el sentimiento de religion. Luego que su alma se abre á la observacion y discurso, descubre innumerables pruebas de la dependencia de su estado. Encuéntrase colocado, por algun poder superior, en un vasto mundo, en que la sabiduría y bondad del Criador, se ha-

cen patentes por todas partes. La magnificencia, la hermosura y órden de la naturaleza, le excitan á admirar y adorar. Quando levanta el pensamiento á aquella mano omnipotente que obra por todo el universo, se siente sobrecogido de reverencia. Quando recibe beneficios que no puede menos sino atribuir á una bondad divina, se halla impelido á la gratitud. Las expresiones de estos afectos, baxo las varias formas de adoracion religiosa, no son mas que las efusiones nativas del corazon humano. Puede la ignorancia extravíarlas, puede la supersticion corromperlas; pero su origen es derivado de sentimientos esenciales á la constitucion del hombre.

Tended la vista sobre toda la faz de la tierra. Explorad los mas remotos angulos del Oriente y Occidente. Descubriréis tribus de hombres sin policia, sin leyes, sin ciudades, ni alguna de las artes de la vida. Pero en ninguna parte las hallaréis sin algunos indicios ó formas de religion. En todo clima y region vereis el adorador postrado, el templo, el altar, y el sacrificio. En donde quiera que han existido hombres, han sentido que era debido, por su parte, reconocimiento al Soberano del mundo. Si en su estado de mayor rudeza é ignorancia ha sido sentida esta obligacion, ¿qué fuerza adicional no adquiere por los adelantos de los conocimientos humanos, pero especialmente por los grandes descubrimientos de la revelacion Christiana? Quanto puede excitar al hombre á la adoracion de Dios, sea por reverencia ó por gratitud, ha sido colocado por esta revelacion en tal luz, que no es posible sino considerarla suficiente para infundir respeto al mas inconsiderado, y ablandar al corazon mas endurecido.

Pretendes, pues, tú, ser hombre de razon, más, hombre de virtud, y sin embargo, continuar desatento á uno de los primeros dictámenes de la naturaleza humana? ¿En donde está tu sensibilidad hácia lo recto y conveniente; si aquel grito que llama á todas las naciones de la tierra al homenaje religioso, no ha sido jamás oido por tí? ó, si ha sido oido, ¿por que extraña y falsa sutileza de discurso, te esfuerzas á sofocar los sentimientos naturales que ella intenta excitar? Llamandote hijo, ciudadano, amigo; pretendiendo ser fiel y afectuoso en estas relaciones, ¿no sientes lo que debes á tu primer Padre, á tu mas poderoso Soberano, á tu mas grande Benefactor? ¿Puede ser

compatible con él verdadero honor y virtud, hacerte valer por tu miramiento á obligaciones inferiores, y con todo, violar la que es mas sagrada y mas antigua de todas? Quando el simple instinto enseña al Tartaro y al Indio, á unir, junto con sus limosnas y obras buenas, sus preces á aquel Poder á quien considera como fuente de lo bueno, ¿no será altamente reprehensible en el estado mas ilustrado de la naturaleza humana, y baxo la mas pura dispensacion de la religion, haber extinguido este sentimiento de gratitud á los Cielos, y desestimar todo reconocimiento del Dios grande y verdadero? ¿Que indica semejante conducta, sino una entera falta, ó una vil supresion de los mejores y mas generosos afectos que pertenecen á la naturaleza del ser inteligente?—Seguramente, que ha de haber defecto esencial en el corazon que permanece helado é insensible en aquello en que debe sentirse encendido y apasionado. Seguramente, que es necesario se aloje en él tal grado de trastorno y depravacion, que sea suficiente para contaminar los demas manantiales de la supuesta virtud.

Pero á mas de esto, probaré en segundo lugar, Que en donde es descuidada la Religion, no puede haber una practica regular y segura de los deberes morales. El caracter será con frecuencia inconsecuente; y la virtud, colocada sobre basa muy estrecha para sostenerla, será siempre movable y vacilante. Porque tal es la propension de nuestra naturaleza al vicio, tan numerosas las tentaciones á la relaxacion y desorden, que el hombre necesita de restricciones mas poderosas que las de sola la razon. El sentimiento de lo justo é injusto, el principio de honor, ó el instinto de benevolencia, son barreras muy debiles para resistir á la fuerza de la pasion. En los periodos tranquilos de la vida, estos principios pueden, acaso, dirigir el curso ordinario de los deberes sociales con alguna regularidad. Pero, sobrevenga una emergencia gravemente difícil; excítese el conflicto de las pasiones; sea el corazon herido por el dardo de la adversidad, ó agitado por violentas conmociones; y luego vereis que la virtud sin religion es inadecuada para el gobierno de la vida. Sentireis entonces que la primera sin la segunda está destituida de su propia guarda, de su mas firme apoyo, de su principal incentivo. Yacerá postrada baxo el peso del infortunio, ó su-

cumbirá á las instigaciones del pecado. Los grandes motivos que producen constancia y firmeza de accion, han de ser de naturaleza sensible y capaz de infundir sorpresa. Un Legislador divino pronunciando sus mandamientos desde los cielos; un Testigo sapientísimo escudriñando nuestros pensamientos y acciones en los mas escondidos retiros; un Gobernador Omnipotente extendiendo su brazo para premiar ó castigar; revelando los secretos de un mundo invisible; informandonos de un descanso perpetuo para el justo, y del furor é indignacion que aguarda al malvado; estas son consideraciones que imponen respeto al mundo, sostienen la integridad, y refrenan al vicio. Añaden á la virtud aquella solemnidad que debe caracterizarla. A las amonestaciones de la conciencia, dan la autoridad de ley. Cooperando con todas las buenas disposiciones del hombre piadoso, consolidan y fortifican su influxo. No hay que contar seguramente con las limosnas de aquel que no piensa en Dios, ni ha unido la oracion á sus dadivas de beneficencia. Pero quando la humanidad es apoyada por la piedad, la fuente de donde fluye es naturalmente mas pura, regular y constante.—En una palabra, poned de un lado la religion, y conmoveis las columnas de la moral; minais los fundamentos de la probidad; debilitais en el corazon el influjo de la virtud; y derribais su poder entre la muchedumbre.

Habiendo manifestado que la moralidad sin devocion es defectuosa é inconstante, prosigo á considerar el extremo opuesto, de las oraciones sin limosnas, esto es, la devocion sin moralidad.

En todo tiempo ha prevalecido la practica de substituir ciertas apariencias de piedad en lugar de los grandes deberes de humanidad y misericordia. Crecidísimo es el numero de los que siempre se han lisonjeado de obtener la amistad de su Criador, aunque sean negligentes en hacer justicia á sus semejantes. Pero pueden estar seguras tales personas, que su pretendida piedad es de naturaleza enteramente espuria. Esa piedad es una invencion de ellos mismos, agena de la razon, desconocida á la palabra de Dios. En la Escritura se nos ordena probar nuestra fe por nuestras obras, nuestro amor de Dios por nuestro amor de los hombres. Se nos enseña á considerar la piedad como un principio que regenera al corazon, y lo for-

ma para la bondad. Se nos inculca repetidamente que en vano dirigimos actos de homenaje á Christo, si no hacemos lo que *El hijo*, y que *el amor, la paz, la humanidad, la modestia, la bondad, la mansedumbre, y templanza*, no solo son mandamientos de su ley, sino *frutos nativos de su Espiritu*. Por consiguiente, si quando parece ardiente la piedad, la moralidad declina, teneis razon para creer que han entrado en aquella ingredientes corrompidos. Y si esta declinacion acaba, como es regular, por una falta total de moralidad; si en tanto que haceis muchas oraciones, no dais limosnas; si, quando os manifestais zelosos por Dios, sois falsos ó injustos para con los hombres; si al paso que multiplicais vuestra adoracion externa, sois duros ó contraidos en vuestro corazon, severos en vuestras censuras, intolerantes en vuestros juicios, y opresores en vuestra conducta; lo que habeis llamado piedad, no es mas que una ilusion, un error grosero, un nombre sin sentido. Porque, segun el simil de la Escritura, así *correrán aguas amargas de un manantial dulce*, como aquellos efectos serán producidos por una piedad genuina.

Lo que habeis llamado con aquel nombre, se resuelve en una de tres cosas. O es una forma hipócrita de bondad apropiada para engañar al mundo; ó juzgando mas favorablemente, es una impresion pasajera de seriedad, una blandura de corazon accidental, que *pasa como la nube de la mañana y el rocío temprano*; ó, lo que temo sea muy frecuentemente el caso, es el refugio deliberado de una alma ilusa y supersticiosa, pero al mismo tiempo corrompida. Porque todos los hombres, aun los mas depravados, están sujetos mas ó menos á la compuncion de la conciencia. Nunca ha estado en su poder sustraerse enteramente del alcance de aquella voz interior, que les amonesta lo que deben hacer para ponerse en paz con el Gobernador del mundo. Pero tercios, al mismo tiempo, en no renunciar á los medios de adquirir ganancias mala ó vilmente, apegados á los placeres del vicio, enemigos de la sumision á la sagrada ley que ordena justicia en toda su estension; intentan hacer una especie de acomodamiento con los Ciclos; acomodamiento, que aunque no se atreven á confesar de palabra, habita secretamente en el mas íntimo receso de sus corazones. Pretenden suplir la falta de prácticas

buenas, con abundancia de creencia, y por el número de oraciones, expiar de algun modo la deficiencia en dones de caridad.

Pero la tentativa es tan vana como impía. Los mas claros y sencillos principios de la razon están enseñando, que la adoracion religiosa separada de la justicia y virtud, no pueden en manera alguna encontrar aceptacion ante el Ser Supremo. *¿Que me sirve á mí la muchedumbre de vuestros sacrificios? dice el Señor: harto estoy. No ofrezcais mas sacrificios en vano: el incienso es abominacion para mí. Neomenia y Sabado, y otras fiestas, no las sufriré: son iniquas vuestras juntas. Vuestras Calendas, y vuestras solemnidades, las aborrece mi alma: me son enojosas, cansado estoy de sufrirlas.* * —Cesa, criatura necia é impía! cesa de considerar al Omnipotente como á un ser debil y vanaglorioso, capaz de ser aplacado por tus protestaciones devotas y tus palabras humildes, ó por la pompa y ostentacion de la adoracion externa. *¿De que le sirve toda tu adoracion? ¿Comerá la carne de tus sacrificios, ó beberá la sangre de los cabrios ofrecidos?* ¿Piensas, acaso, que se requiere de tí esa adoracion para poder aumentar su gloria y felicidad por tus debiles y fútiles alabanzas? Mas facilmente pudieras aumentar el resplendor del sol con la luz de una candela, ó el retumbo del trueno con el sonido de tu voz. No: por bien del hombre, y no de Dios, se han exigido preces y adoracion; no para que Dios acreciente su gloria, sino para que el hombre se haga mejor, para que sea confirmado en un sentimiento propio de la dependencia de su estado, y adquiera aquellas disposiciones virtuosas en que consisten los mayores adelantos y perfeccion de su naturaleza.

De todos los principios religiosos, este debiera abrazarse como el mas evidente, y sin embargo, necesario se hace repetir la amonestacion para renovar sus impresiones en el espíritu. *¿Para que fin te colocó tu Criador en este mundo, en medio de la sociedad humana, sino para que como hombre entre los hombres puedas cultivar la humanidad, para que cada uno en su puesto pueda contribuir al bien general, para que como esposo, como hermano, como hijo, como amigo, ó miembro de la sociedad, puedas desempeñar tus rela-*

* *Isaias, I—11, 13, 14.*

ciones con corazon recto y sensible, y aspirar de este modo á seme-
jarte á Aquel que siempre consulta el bien de sus criaturas, y cuyas
tiernas misericordias están extendidas sobre todas sus obras? Y te atre-
ves, tú, que has estado sacrificando la incauta inocencia á tus desen-
frenados placeres, tú, que has estado turbando el reposo de la socie-
dad por tu ambicion ó engaños, tú, por cuya ocasion se ha bañado el
suelo de tu patria con la sangre de sus hijos, tú, que para aumentar
tus tesoros has causado el llanto que corre por las mexillas de la
viuda y del huérfano, tienes la osadía de acercarte á Dios con tus
oraciones y preces, y formar la esperanza de que te mirará con ojos
de benevolencia? *¿Crees, imbecil y depravada criatura! que el Dios
del orden y de la justicia aceptará tan miserable compensacion por
sus leyes violadas? ¿que el Dios de amor admitirá los servicios de
uno que es enemigo de sus criaturas?—Lo que has de creer es,
que El que dice que ama á Dios debe amar á sus hermanos. Dexa de
hacer el mal, aprende á hacer el bien. Busca el juicio, alivia al opri-
mido, defiende al huérfano, aboga por la viuda; y entonces acercate á
Dios, y Él se acercará á tí: llamale en el dia de la tribulacion, y Él
te responderá.* Tus oraciones y tus limosnas subirán entonces en
memoria delante del Altísimo.

Os he presentado el mal de mutilar y dividir la religion; de sepa-
rar dos cosas, que aunque en teoría puedan estarlo, en la práctica
deben siempre coexistir si una y otra han de ser reales; la devocion
para con Dios y la caridad para con los hombres. Consideremos
en seguida los felices efectos de su union.

Ella forma el caracter consecuente, gracioso, y respetable del ver-
dadero Christiano, del hombre digno. Si la excluís de vuestro sis-
tema, aun quando seais excelentes en una parte, no podeis estar á
prueba mas que baxo un punto de vista. Solo de un lado aparecerá
vuestro caracter laudable; del otro, quedará siempre abierto á mu-
cha reprehension, y á la vez que os deshonrais haceis enorme injusti-
cia á la religion. Porque dividiendo sus partes una de otra, la es-
poneis á la censura del mundo; y tal vez la religion ha sufrido mas
por esta especie de bondad parcial y dividida, que no por una cor-
rupcion manifiesta. El incredulo se mofará de vuestra piedad quan-
do os vea negligentes en vuestros deberes morales. El fanático

desacreditará toda moralidad quando observe que pretendeis ser seguidores del honor y la virtud, aunque seais despreciadores de Dios. Mas el que teme á Dios, y es al mismo tiempo justo y benéfico con los hombres, presenta la religion al mundo en toda su propiedad. Resplandece en su conducta con su brillo original, y sus rayos le circundan de gloria. Entonces es quando el caracter del hombre es superior á la censura; es á la vez amable y venerable; la malicia misma teme atacarlo, y aun quando los mas protervos intentan ofenderle con la lengua ó la pluma, mal de su grado, le respetan en sus corazones.

Este es tambien el hombre cuya vida será la maz feliz y pacífica. El que falta, ó en la piedad ó en la virtud, está, ó estará siempre expuesto á las angustias del remordimiento. Su bondad parcial puede alhagarle en el dia de la observacion superficial; pero quando la soledad ó la desgracia despierten el poder de la reflexion, sentirá que el cumplimiento de una parte de sus deberes no compensa por la otra descuidada, ó tenuta en menosprecio. En medio de sus oraciones, el recuerdo de su injusticia le echará en cara su baja hipocresía; y en la distribucion de sus limosnas, las preces que por él hace el pobre, le llenarán de verguenza por su olvido de Dios. La conciencia suplirá el lugar de la mano que escribe sobre la pared el terrible THECEL, *Has sido pesado en la balanza, y has sido hallado falso.* *—Quando el hombre de *fé y buena conciencia*, que igualmente atiende al cumplimiento de sus deberes para con Dios y los hombres, goza, hasta donde es permitido á la imperfeccion humana, el sentimiento de limpieza y firmeza en su conducta, de integridad y rectitud de corazon.

El hombre de sola moralidad es extrangero á todos los placeres delicados y exquisitos de la devocion bien entendida.—Puede gozar satisfacciones en las obras de beneficencia y compasion; pero estas satisfacciones son destituidas de aquel calor de afeccion que enciende los sentimientos del que eleva al mismo tiempo su corazon al Padre del universo, y se considera imitando á Dios.—Por otra parte, el hombre que descansa solo en la devocion, si esta no abre

* Daniel V.—27.

el corazon á la humanidad, no solo queda extrangero á los suaves placeres de la beneficencia, sino que debe sufrir frecuentemente la pena que originan las pasiones malas. Pero quando la beneficencia y devocion van unidas, derraman ellas sobre el hombre en quien se juntan, la plenitud de placeres de un corazon puro, noble, y bueno. Sus limosnas lo enlazan con los hombres; sus oraciones lo unen con Dios. Vée sin desmayo ambos mundos: toda la naturaleza tiene para él un aspecto benigno. Si se halla empeñado en la vida activa, es el amigo de los hombres, y feliz en los esfuerzos de aquella amistad. Si ha sido dexado en el retiro, camina por entre las obras de la naturaleza como acompañando á Dios. Todos los objetos son animados para él por el sentimiento de la presencia Divina. Por todas partes descubre la benefica mano del Autor de la creacion; y por donde quiera, con ardiente corazon, escucha y responde á su voz secreta. Quando levanta la vista á los cielos, se regocija en el pensamiento de que allí habita el Dios á quien sirve y honra; aquel Salvador en quien confia; aquel Espiritu de gracia, de cuya inspiracion manan los deliciosos sentimientos que le animan. Quando echa la vista en torno del mundo que le rodea, se complace con la dulce memoria de los buenos oficios que ha hecho, ó al menos se ha esforzado por hacer, á muchos de los que moran ó han vivido en él. ¡Quan consoladora la reflexion, de que ningun pobre puede quejarse de haberle defraudado de lo suyo; que ningun desdichado puede echarle en cara haber visto y despreciado sus pesares; sino que están descendiendo sobre su cabeza las oraciones del anciano y necesitado, del huerfano y de la viuda, de los desvalidos en las clases inferiores de la sociedad; y que las manos de aquellos á quienes ha sostenido su proteccion, están levantadas en secreto, pidiendo al gran Padre de la raza humana que derrame sobre su benefactor un torrente de bendiciones!

La vida pasada baxo el influjo de tales disposiciones, naturalmente conduce á un término feliz. No basta decir que la *fé* y la piedad unidas con la virtud activa, constituyen la preparacion requisita para los cielos. Comienzan ya, en verdad, el goce celestial: en todo estado de nuestra existencia, forman los principales ingredien-

tes de felicidad. Ellas son el sello de Espíritu Santo, por el qual, se nos ha dicho, son los hombres *sellados para el dia de la redencion*. El texto ofrece una prueba distinguida de la alta estimacion en que son tenidas por Dios. En medio de la infinita variedad de sucesos humanos que pasan á nuestra vista, las oraciones y las limosnas de Cornelio llamaron su atencion particular. Notó las amables disposiciones que adornaban el corazon de este buen hombre; pero vió que eran imperfectas mientras no fuesen iluminadas por los principios de la religion Christiana. A fin de remover este obstáculo á sus nacientes gracias, y traerlo al pleno conocimiento de aquel Dios á quien procuraba honrar, le favoreció con un mensajero sobrenatural de los cielos. Mientras que los principes de la tierra eran dexados á obrar segun los consejos de su propia sabiduría, mientras que, sin especial interposicion de arriba, los capitanes eran conquistadores ó vencidos, conforme á las vicisitudes de las cosas humanas, á este buen soldado fué comisionado un ángel por Dios desde su trono.

¿Qué mas puedo decir, ó que elogio mas sublime pronunciar sobre este dichoso caracter, sino que es tal, que Dios se deleita en honrarlo. Los hombres singularizan como objetos de distincion, al grande, al sabio, al valiente, ó al afamado. Pero el *que no vee como el hombre vee*, pasando por sobre estas calidades que muchas veces brillan con falso esplendor á la observacion humana, penetra hasta los principios internos de accion; aquellos principios que forman la esencia de un caracter digno, y que, si se les presenta esfera en que obrar, producirán todo lo que es laudable ó excelente en la conducta. ¡Hay uno, aunque en condicion humilde, que *teme á Dios, y obra justicia*, cuyas oraciones y limosnas procediendo en tenor regular y sin afectacion, indican un corazon recto, tierno, y piadoso? pues las limosnas y oraciones de ese hombre suben en grata memoria delante del Dios para quien *no hay aceptacion de personas*. El Omnipotente le vé con complacencia desde su gloria. La iluminacion divina está pronta para instruirle. Los Angeles le ministran; lo marcan ya sobre la tierra como su asociado futuro; y estos amables espiritus le preparan en el país de la felicidad, las *blancas togas, las palmas, y los cetros del justo*.

A este honor, á esta dicha, aspiren continuamente nuestros corazones, y por todo el curso de la vida mortal, resuenen en nuestros oidos estas solemnes y sagradas palabras con que concluyo, y sean ellas las grandes directoras de nuestra conducta: *Te mostraré, ó hombre, lo que es bueno, y lo que te demanda el Señor. Esto es, que hagas justicia, y que ames la misericordia, y que camines solícito con tu Dios.* *

* *Micheas VI.—8.*